**Gime más fuerte**

Pensaba en Jonás con frecuencia.

Sintió el peso de su piel roja oprimiendo sus costillas. No fue una sensación agobiante, sino extrañamente placentera. Como si el no poder moverse, esa momentánea vulnerabilidad, la apartara de su propio cuerpo. No era ella, no era su cuerpo. Era el sudor, el gemido. Era el cabalgar irreflexivo de sus pechos, uno contra el otro. No eran sus pies fríos, ni su cabello desordenado. Era la abrupta sensación de desaparecer, de flotar por encima de sí misma con los ojos cerrados. Un calor que tenía como centro el abismo, un abismo que se extendía desde su clítoris, que vibraba entre sus muslos, que se amplificaba hasta la punta de sus pezones.

—Gime más fuerte— El extraterrestre apartó por un segundo su lengua bífida.

—¿Qué?— Sintió instantáneamente cómo su cuerpo volvía en sí. Otra vez era ella, su conciencia, su corporalidad. La humana número 67 que aún quedaba con vida.

—Quiero que nos escuchen

Abrió los ojos. A su alrededor, una pared de vidrio era lo único que los separaba de un grupo de al menos unos cincuenta ibiquenses, que los miraban expectantes con sus tres ojos.

—Ya no quiero hacer esto. — El extraterrestre paró enseguida.

Desde la conquista de la Tierra por Íbica, la privacidad era impensable. Los ibiquenses habían convertido al sexo en un culto colectivo. Todo acto sexual debía ser compartido, mirado por la mayor cantidad de habitantes posibles. Así, los hoteles pasaron de puertas cerradas a galerías abiertas al público. Los ibiquenses no tenían problemas con la desnudez, con oír a otros gemir, con hablar abiertamente de cuánto sexo podían tener ni con hacerlo en lugares públicos, como los supermercados. De hecho, los lugares privados eran casi inexistentes. Los pocos que quedaban eran clandestinos, y reservados para los 186 humanos que aún sobrevivían.

Pese a su culto por el sexo, había un par de cosas que estaban terminantemente prohibidas.

Los ibiquenses no tenían un sexo definido porque no tenían órganos sexuales como tal. En lugar de penes o vaginas, tenían una especie de lengua bífida con la que hacían el mejor sexo oral que Ariadna hubiera experimentado. Debía ser por eso que el sexo con humanos les encantaba. Su fascinación por los órganos sexuales era brutal, casi enfermiza. Habían construido cientos de monumentos a los falos, iglesias enteras dedicadas a las vulvas, canciones sobre el clítoris. Pero los habitantes de Íbica eran incapaces de concebir al sexo como algo más allá de sus propios cuerpos. Para ellos, la lencería, los fetiches y los juguetes sexuales eran incomprensibles y moralmente inaceptables. El sexo debía construirse y hacerse sobre el cuerpo mismo, y compartirse siempre, ser de dominio público tanto como se pudiera. Masturbarse o tener sexo en la privacidad de una alcoba eran actividades potencialmente ilegales. Ni hablar de coger entre humanos.

Ariadna extrañaba el sexo. La penetración. Es verdad que los habitantes de Íbica le habían dado el mejor sexo oral de toda su existencia, aunque su imposibilidad para penetrarla la dejaba siempre insatisfecha.

Había iniciado una colección de dildos, todos ordenados según su tamaño, su forma y su color. José era rosa, muy largo y muy ancho, y le recordaba la vida antes de la Gran Conquista. Juan era diminuto y morado, y a decir verdad lo conservaba más por apego que porque lo usara con frecuencia. Adán tenía grabada la figura de una serpiente, Isaac brillaba en la oscuridad. El mejor de todos era Jonás. Pensar en él la ayudaba a concentrarse.

Hacía mucho tiempo que no se acostaba con humanos. Apenas y se acordaba de la última vez. Quizás su vida sería mejor si no lo recordara.

Todo comenzó en la oscuridad. Él le tocó los pechos por encima de la blusa. Ariadna correspondió al gesto tocando su entrepierna. Buscaba su pene.

—Ariadna...

—No van a encontrarnos. Te lo prometo— Le mordió una oreja mientras metía la mano dentro de sus pantalones. Recordaba su miembro caliente. Su lengua de movimientos violentos, como anticipando el fin de su propia existencia. Recordaba su cuerpo desnudo, su piel morena, empapada de un sudor frío que caía a cuenta gotas sobre su ombligo. Recordaba especialmente la sensación de tenerlo dentro, ansioso, inflamado de deseo.

—Gime más fuerte— Ella obedeció sin preguntas. Sentía la humedad, el calor. Un edificio se erguía por dentro de su cuerpo, cada vez más lejos de sí mismo. Le gustó abrir los ojos y comprobar el gesto de placer en el rostro de él. Le gustó verlo esperar la siguiente caricia, como si la noche se les escapara en un gemido.

Ariadna soñaba con ese momento incluso meses después. A veces su inconsciente cambiaba de escenarios; algunas noches lo hacían junto al mar, se llenaban el cuerpo de arena y volvían a hacerlo. Otras veces lo hacían en la cocina, o en alcobas secretas que Ariadna jamás había visto. Pero en todos los casos, como sucedió en la vida real, un grupo de ibiquenses los encontraba en la oscuridad, y ella gritaba “¡Jonás! ¡Jonás! ¡Jonás!”, como si con un grito pudiera cambiar la realidad de no volver a verlo.

Así que nombró a su dildo, el del tacto más suave, el del color más bonito, el que le recordaba más lo que se sentía ser humana, como el último hombre, el hijo desobediente del Apocalipsis: Jonás.

Cientos de ojos la miraban decepcionada. Se vistió lo más rápido que pudo, pero al darse la vuelta el ibiquense se había marchado. Era incapaz de recordar su nombre.

**Ágatha F.**